

# DIEZ AÑOS DE ESPERANZAS

---

## *Palabras del Profesor Augusto Angel en la celebración de los diez años del Idea*

En este cálido ambiente de convivencia, estamos celebrando diez años de vida del Instituto de Estudios Ambientales. Hace diez años iniciamos la tarea de construir al interior de la Universidad Nacional, este espacio de diálogo que es y debería seguir siendo, un diálogo entre nosotros y un diálogo con la naturaleza. Por una parte, el esfuerzo por construir un espacio de trabajo interdisciplinario, que permita a las ciencias fecundarse mutuamente, superando sus pequeñas miradas parcelarias. Por otra parte, el intento proteico de acercar la ciencia a la comprensión unitaria de la tierra, en este espacio reducido de un planeta común.

Sería bueno aprovechar este momento de recuerdo y celebración, para reflexionar entre nosotros, sobre los logros y los fracasos que se han acumulado en el camino. Habría que decir, ante todo, con la expresión más llana y directa posible, que no ha sido un sendero fácil. No lo fue desde sus inicios. Cuando la Universidad Nacional se comprometió a servir de punto focal, para impulsar la aplicación de las conclusiones del Primer Seminario Latinoamericano de Universidad y Medio Ambiente, no estaba preparada para esa ardua tarea. En ese momento tuve la ingenua tentación de incrustarme en su seno, abandonando el ambiente seguro de Naciones Unidas, para luchar desde dentro por lo que era en ese tiempo y aún sigue siendo, una arriesgada utopía. Demoró tres años convencer a las autoridades académica de la necesidad y la conveniencia de establecer un centro de estudios ambientales. Demoró cinco años ponerlo en ejecución.

Esa lucha, sin embargo, no se hizo en solitario. Algunos núcleos de profesores y uno que otro decano se fueron adhiriendo a ese movimiento de entusiasmo terreno. Se fue conformando poco a poco esta extraña familia, que sigue aglutinada alrededor de unos ideales de convivencia al mismo tiempo humana y científica. Humana, porque el vínculo fundamental está fincado en la esperanza de

una nueva sociedad, que nos permita vivir en armonía con la tierra. Científica, porque estamos convencidos de que así como una ciencia deshumanizada nos colocó en las orillas de la crisis, una ciencia renovada e interdisciplinaria logrará devolverle al hombre su vínculo perdido con la madre común.

Así, pues, el propósito inicial y todavía presente, fue formar un Instituto, que tuviese la capacidad de aglutinar a su alrededor las diferentes ciencias, en un esfuerzo común de diálogo. Ahora bien, Nuestro esfuerzo científico está ligado indefectiblemente a nuestro que-hacer social. Sólo podremos construir una ciencia diferente, a medida que seamos capaces de crear una sociedad diferente o, al menos, de soñarla. Ese es el sentido que pretendíamos darle al IDEA. Cuando hablamos de la familia ambiental, no estamos pensando en una endogamia improductiva o en un ghetto aislado de relaciones afectivas, sino en un grupo humano que lucha por la construcción de una nueva sociedad, al mismo tiempo que busca una forma nueva de comprender el saber científico.

Lo que nos une, por lo tanto, es al mismo tiempo la exigencia de un trabajo científico impecable y la voluntad indeclinable de buscar nuevos modelos de realización social. Para nosotros, la actividad ambiental no es simplemente la aplicación de un tratado de ecología, porque estamos convencidos que el hombre, a pesar de que está inmerso definitivamente en la naturaleza, no cabe en el estrecho margen de un nicho. Necesitamos conocer cada día con más detalle, la manera como funciona el ritmo de la vida, desde la floración del átomo, hasta la compleja formación de los ecosistemas, pero sabemos que el ecosistema no necesita nuestra intervención para existir en su compleja y maravillosa armonía.

Sabemos que la especie humana no puede existir ni progresar sino construyendo nuevos equilibrios o peligroso desequilibrios que amenazan la frágil armonía

de los ecosistemas. Por eso, el miembro del IDEA intenta ser, no solamente un acucioso ecólogo, sino por igual un estudioso de este extraño tejido que es la Cultura. Debe profundizar no solamente en los flujos naturales de la energía y en los ciclos precisos de la materia, sino también en los vericuetos muchas veces caprichosos de la economía, de la filosofía o del mito. Sabemos que cualquier sistema cultural, por sencillo o complejo que parezca, es una atrevida plataforma de transformación del medio natural. Nuestra responsabilidad ambiental no es, por tanto, otra cosa que la respuesta al destino evolutivo del hombre.

Estos ideales suponen necesariamente una nueva manera de comprender el trabajo académico. El IDEA se creó como una semilla de transformación en el seno de la comunidad universitaria. Una semilla que poco a poco va echando raíces, pero que en ocasiones no logra romper la roca madre. No podemos negar, a los diez años de existencia, los logros alcanzados, pero no deberíamos solazarnos en ellos, sino en la necesidad de afrontar los retos todavía pendientes. No podemos negar que el medio universitario ha sido especialmente reacio para aceptar los retos ambientales que le corresponden. Desde la cumbre de Río, los gobiernos han entrado por voluntad o por fuerza en la dinámica ambiental. Los organismos internacionales de crédito, al igual que los organismos de Naciones Unidas supervisan el cumplimiento de las metas ambientales. La política definitivamente se ha impregnado de lo ambiental. No así el medio académico de las universidades. La mayor parte de los alumnos sigue saliendo de la universidad sin otra formación ambiental que la que le otorga un programa televisivo o un artículo de prensa. Los académicos no han comprendido todavía que hay otra manera de comprender la química, la física, la historia o la filosofía. Que la naturaleza no trabaja por facultades. Ello no significa que la especialización sea superflua, sino que la multiplicidad de las ciencias exige el diálogo de saberes para reconstruir el tejido complejo de la realidad y que, por lo tanto, las facultades tienen que articularse en un espacio común de diálogo. Ese es el significado del IDEA.

El reto de la universidad del futuro es, sin duda, la interdisciplina y falta un largo y difícil camino para llegar a ella. La interdisciplina no es solamente la acumulación de los saberes parciales, colocados ordenadamente en el escritorio del coordinador. Es el esfuerzo para construir conjuntamente el diagnóstico de la realidad y la

capacidad de pensar en común las soluciones. Supone la voluntad de apertura epistemológica para dejarse fecundar por otras disciplinas, abandonando la seguridad fácil y egoísta de nuestros nichos epistemológicos. La interdisciplina supone, por tanto una profunda modificación de la administración académica y no veo que la universidad se esté moviendo con cierto ritmo hacia ella. Supone igualmente una profunda modificación de nuestros comportamientos científicos y quizás, la construcción así sea todavía simbólica de una nueva sociedad.

De esta manera, el esfuerzo académico está profundamente ligado a la construcción de modelos sociales alternativos. En una sociedad hecha para la guerra tiene que predominar el canibalismo epistemológico. Mientras en el medio universitario siga predominando el egoísmo científico, no es de extrañar que afuera en la sociedad no se apague el ruido de los fusiles. La guerra la construimos desde las aulas y los fusiles los cargamos o los descargamos en la cátedra. Si en la academia no somos capaces de construir el diálogo de saberes, difícilmente podremos establecer afuera las bases del diálogo democrático.

La otra característica que distingue al IDEA desde sus inicios y que quisiera destacar en esta oportunidad, es la de ser un instituto NACIONAL. Ello significa romper las barreras geográficas, para estudiar el país como un contexto unitario de logros y sinsabores. Se ha logrado por fin, después de penosos esfuerzos, la creación de las sedes regionales del Instituto, pero nos queda un laborioso esfuerzo todavía para aglutinar programas comunes de investigación y docencia. Los esfuerzos realizados hasta hoy no deben ocultarnos los retos que nos esperan en el futuro.

Estos son algunos de los retos y de las esperanzas que nos quedan después de estos diez años de celebración. Espero que esta fiesta común renueve nuestros ideales y estreche los vínculos humanos de nuestra convivencia. Si mi precario estado de salud no me hubiese impedido viajar, hubiese preferido estar con ustedes y cambiar estas palabras por un conmovido abrazo.



